

Cultura a la contra

Pornografía

UNA de las pocas cosas que me reconcilian con el hecho de ser humano es la existencia de la pornografía en todos sus aspectos: cinematográfico, literario o fotográfico. Y es que me excita, y pocas fuentes de excitación van quedando ya. Un país sin pornografía, como ha sido éste durante tantos años, es un país de reprimidos-represores, donde la única fuente de placer y diversión puede ser la violencia gamberril: romper cabinas de teléfono, matar gatos con el coche y violar ancianitas.

El sexo, en general, es una actividad sana y deportiva que fomenta las mejores cualidades del ser humano: el deseo de charla, de amistad y de compañía. Pero el sexo en solitario que nos proporciona la pornografía, ese solazarse consigo mismo y con sus imágenes, es también muy importante: la masturbación es un acto místico, donde el que la practica se pone en contacto con lo más íntimo de su ser. Y la literatura, cine o fotografía pornográfica sirve como apoyatura formal para esa comunión secreta. Todo es ceremonia y ritual en la masturbación, todo son gestos y figuras estereotipadas —rituales— en la pornografía. La belleza de los cuerpos o de los rostros es algo innecesario: lo que importa es crear fantasmas, darles una apariencia de corporeidad para que quien los contempla pueda inventar su propia historia.

Los mayores detractores del hecho pornográfico son, precisamente, aquellos que, por falso liberalismo, no se atreven a decir que lo son. La tachan entonces de "subgénero" —como hacen también con la ciencia-ficción, el tebeo o la novela policíaca—, hablan despectivamente de su mala calidad y, sobre todo, de su falta de imaginación. Es algo aberrante calificar de falta de imaginación, o de aburrido, a una máquina que sirve precisamente para producir imágenes. Y en cuanto a la acusación de mala calidad, habría que ver con respecto a qué criterios. La buena o mala calidad de algo, su belleza o fealdad, son conceptos dictados por una clase en el poder que impone sus gustos al personal; y, desde luego, es muy distinto el concepto de belleza de un habitante de Entrevias que el de quien vive en Serrano. Pero, ateniéndonos a sus propios juicios, ¿podemos hablar contra la calidad estética de la obra de un Apollinaire, de una Anaïs Nin, de un Miller o de un Sade? Todos han hecho pornografía en algún momento, y estoy seguro de que todos se han divertido haciéndola.

El término en sí es bastante difuso en su significado: es pornografía, por definirlo de algún modo, lo que al censor no le gusta; y no hablo ya de censores ministeriales, sino de esos cultos censores que hablan vaso de whisky en mano, que critican y dictan modas. Esos son los que hacen sutiles distinciones entre erotismo y pornografía, cuando lo que nos dan como erotismo no es más que pornografía mal parida, inútil para la masturbación, una especie de corrida envuelta en celofán para no mancharse los dedos. Es pornografía lo que hacemos todos, ejercer la prostitución o hablar sobre ella. Los comentaristas políticos escriben sobre prostitución; y los críticos literarios, pictóricos o musicales no hacen otra cosa: hablar de asuntos turbios y oscuros, reflejar la sordidez de un mundo donde todo se vende a cambio de algo. Y, encima, no excitan a nadie, no impulsan a nadie a gozar de su cuerpo ni del de los demás. Yo siento mucho que en los lugares donde escribo no me permitan hacer pornografía: me encantaría saber que algún lector mío —al que habría que dar el calificativo de amable— se masturbase al leerme. ■ EDUARDO HARO IBARS.

CINE

"Caniche"

Segundo largometraje de este extraño director, Bigas Luna, empeñado en crear una realidad puramente cinematográfica que nada tenga que ver con el retrato naturalista ni con la crónica social. El mundo de Bigas Luna es suyo: es ese meticuloso punto de vista sobre las cosas, que no tiene que ser ilustrativo ni narrador. Un objeto, un detalle del cuerpo humano, un sonido, una mirada son los elementos que conforman la narración. Y con ellos la creación de un clima tenso, misterioso y divertido que conduce al morbo. Si en "Bilbao" esto era ya perceptible, en "Caniche" llega a grados más inteligentes y sabios. Nada ocurre en la película para producir tensión en el espectador, y, sin embargo, esa tensión existe. En ocasiones puede hacerse incluso insoportable, porque nunca llega a concretarse. El terror a contemplar determinadas escenas desasosiega al espectador. La humorada de Bigas Luna es que esas secuencias temidas nunca aparecen; incluso la historia no concluye... o no debía concluir. Porque lo que en "Caniche" resulta fallido es

ese intento de cerrar la anécdota sin que en realidad sea necesario y sin que ciertamente se concluya del todo. Lástima de últimas secuencias que proponen y niegan un desenlace, como si Bigas Luna no hubiera sabido que una película como la suya podía acabar simplemente con la palabra "fin", sin que nada lo justificara.

Es cierto que la anécdota de la pareja de hermanos que viven con un caniche y se entusiasman por los demás perros (por razones que aquí no hay que divulgar) no vincula a nadie ni importa demasiado. Pero no se trata de reducir la película a su esquema argumental, sino de saborear la puesta en escena que Luna propone, su capacidad de síntesis y de elipsis, su soterrado, viejo y listo sentido del humor. Porque de una película de humor se trata y no porque el público sonría en voz alta. Esa es una risa nerviosa llena de miedo. El humor es la película toda, que no ocurra nada y que se esté contemplando como si nos encontráramos ante una exhaustiva explicación de algo temido a insoportable. Cuando acaba "Caniche", quizá nos quedemos decepcionados. Culpa de las últimas secuencias sin duda, pero también como cuando el orgasmo hace olvidar las tensiones primeras y uno se pregunta qué hace en esa cama a esas horas de la tarde. ■ DIEGO GALAN.

"El semen del hombre"

Realizada en 1969, inmediatamente después de la genial "Dillinger é morto", forma parte de un discurso hilado y continuo que viene manteniendo Marco Ferreri desde que abandonara los ya lejanos caminos del neorealismo. Le produce horror nuestra sociedad; ve en ella el final de una época que se niega a morir, pero cuya muerte real nos infecta ya a todos. No hay posibilidades de salvación. Las relaciones de producción, las íntimas, las familiares están carcomidas. Nuestro mundo sólo tiene la posibilidad de estallar definitivamente, desaparecer y quizá reiniciar el juego con criterios distintos. Pero hasta eso parece imposible. Permanecen en nosotros los gérmenes de las viejas ideas, de las estupideces, de los epulsos. La pareja protagonista de

"Caniche", de Bigas Luna.

